

mos bastante tiempo, y tomando bien nuestras medidas, comprando á bajo precio algunos votos de deshecho, podremos aun llegar. Yo ya he hecho un buen empleo de las dos mil libras que me mandásteis; he dado arras á algunos centenares de electores que aguardan el libramiento completo de sus sufragios. La nota de este gasto monta á novecientas libras.

—Restan mil cien.

—Además, he alquilado la hospedería de las armas de Escocia, donde vuestros electores serán alojados, y donde se les dará de comer y de beber á vuestras espensas. Por esto me han pedido cien libras á cuenta de trescientas del convenio.

—Novecientas y trescientas hacen mil y doscientas.

—Aguardad. He alquilado en vuestro nombre la principal casa del lugar, y pagado íntegramente el precio del alquiler de tres meses á razon de cincuenta libras por mes.

—¿Tres meses decís? Es inútil; las elecciones no duran mas que quince días.

—Es necesario tener todo previsto, podeis ser detenido por mas tiempo en Dumphrey.

—¿Cómo?

—Seguramente. ¿No podeis recibir en la lucha electoral alguna herida grave que os ponga en la imposibilidad de regresar inmediatamente á Londres.

—Verdaderamente no habia yo pensado en este peligro.

—Tranquilizaos. He hecho venir, y siempre á vuestras espensas, al mejor cirujano de Derby, un hombre admirable para las amputaciones. Estará á vuestras órdenes por todo el tiempo de las elecciones.

—¿Esto es asegurarse mucho!

—No es todo. He hecho establecer en vuestra casa una botica completa, y ciento cincuenta camas, donde serán recibidos y asistidos los vuestros que salgan contusos. Se pondrá arriba de la puerta un rotulon con estas palabras: *Hospital para los electores del honorable sir Jorge Averson.* Esta es una atencion delicada que no puede dejar de producir un efecto excelente.

—¡Por el contrario! Esta precaucion va á espantarlos.

—Todo es debido, ellos lo aguardan. Saben los riesgos que corren, y hay gentes honestas que lo recibirán por su dinero. Muchos de ellos han pasado ya por esta prueba, y llevan honrosas cicatrices. El pais es célebre por su calor

en este género de negocios. Tenemos en Dumphrey un gran número de mancos, cojos y tuertos, reducidos á este estado por las elecciones. Ved por qué son tan caros los sufragios. Hay lugares en que el simple voto es mas barato, pero se estipula una indemnizacion á los heridos y á la familia de los muertos: aquí muertos ó heridos nada tienen que reclamar, lo que no deja de ser una buena economia.... Recapitulemos: el alquiler, el cirujano, la botica, el hospital hacen quinientas libras, que unidas á las mil doscientas contadas ya, suman mil setecientas. A mas de esto, he depositado doscientas guineas en casa de un notario para el caso eventual que haya de repararse la casa que habitareis.

—No he comprendido bien este artículo.

—Nada hay mas claro. Inevitablemente los vidrios de vuestra casa serán rotos desde el primer dia, y no tendréis la simpleza de hacerlos reponer inmediatamente, y así este será un solo gasto.

—¿Romperán tantos que llegue á doscientas guineas de vidrios?

—No; pero es cierto que el estrago no se limitará á esto. Romperán tambien las ventanas y las puertas. He dado fianza segun se acostumbra por estos pequeños deterioros; si acontece algo de mas importancia....

—¿Qué cosa?

—Si por ejemplo, como ha acontecido innumerables ocasiones, la casa es demolida, el propietario tiene su recurso contra vos: en esto no cabe duda, pero ha tenido la delicadeza de no exigir ninguna garantía para este caso excepcional: se contenta con su derecho y accion que los tribunales le dan contra vos, si no lo ejecutáis de buena gana. Es verdad que la cualidad de representante de la nacion os pone á cubierto por algun tiempo; pero tambien lo es que vuestro encargo no es eterno.

—Si mal no cuento, teneis que justificarme el empleo de cien libras.

—Ved mi memoria en la que encontrareis el detall, esta suma se ha gastado en pequeñas partidas....

—Veamos: por un sombrero forrado en cobre.... tres guineas, por una cota de maya veinte guineas.

—Si, vuestro traje el dia que hableis sobre los *hustings*. La cota es muy flexible y se pone debajo del vestido. Esta os defenderá. Es necesario estar armado de punta en blanco en estas ocasiones. Son honderos hábiles, y probablemente no os escusarán algunas piedras lanzadas con mano segura. Estando bien equi-

pado, estareis libre de contusiones, y los golpes no os impedirán proseguir vuestro discurso. Solamente tendréis que proteger vuestra cara, la costumbre desgraciadamente no permite llevar una máscara ó una visera. Pero encasquetándose bien el sombrero y metiendo bien la barba en vuestra corbata, no dejaréis mas que un pequeño blanco á vuestros tiradores. El mas grande peligro existirá cuando descendais del tablado; mas si vuestros adversarios se muestran muy animados contra vos, haremos venir un escuadron del regimiento de dragones que se halla en Derby. Sobre este particular ya he escrito al coronel. Con los dragones habrá indispensablemente una batalla; pero esto nada importa; puesto que no teneis que dar ninguna indemnizacion á los heridos y á los muertos. Ya no nos resta mas que un mal, y es, que la fuerza armada os costará bien trescientas libras, y entónces no os restan para los sufragios mas que seis mil. Si no teneis un número considerable de votos gratuitos, no saldremos bien con nuestra empresa. Segun me parece, os he oido decir que lord Stamby apoyará vuestra pretension. Esto será bastante. Lord Stamby dispone de cuatrocientos sesenta y ocho votos. Pero ¿cómo lo habeis decidido en vuestro favor?

—Lady Stamby es la que me ha prometido la proteccion de su marido.

—¿Le habeis hecho la corte? Esto es ser hábil. Por otra parte, ¿es tan coqueta! ¡Qué lástima que ya tenga cincuenta años! Es necesario, absolutamente necesario que vayais al castillo á recordar á Lady Stamby su promesa,

la que ella cumplirá si os conducís como conviene con ella. Un candidato debe ser ciego é intrépido.

—¿Cómo! ¿vois creis?

—Cerrad los ojos, sed bravo, y nada os detenga, con tal que venzáis. Mis deseos os seguirán y arrancaré para vos sufragios, mientras que vencéis allá abajo.... A propósito, ¿habeis traído vuestras armas?

—En mi carruaje tengo pistolas de viaje.

—El mayor Hogarthy, uno de mis amigos, os presentará sus espadas y pistolas de combate: tambien se ha puesto garbosamente á vuestra disposicion para servir de segundo conmigo en todos los duelos que tendréis.

—¿Todos los duelos decís?

—Siete ú ocho solamente, es indispensable. Muchos de vuestros adversarios políticos se han hecho inscribir en vuestra casa. Este es un medio de deshacerse de un competidor; pero nosotros los haremos entrar en razon. Vos habeis hecho ya vuestras pruebas, ya, ya lo sé, y tambien que vos sois un campeon fuerte y temible.

—Sí, mi querido Hopkins, y todo lo que me habeis dicho ha sido bastante para inspirarme una buena resolucion. Enviad á buscar los caballos.

—Vuestro carruaje está listo.

—Entónces yo parto, adios.

—¿Para el castillo de lord Stamby?

—Para Douvres, y de allí para Paris, donde aguardaré con las seis mil libras que me restan la herencia de mi tío.

(Traducido para el Liceo por J. P. T.)

ESTUDIOS HISTORICOS.

NAPOLEON.

PRIMERA ABDICACION.

Los años de 1812 y 1813 habian pasado con grandes desengaños y terribles recuerdos para el genio que legó su nombre á su siglo. Las legiones de este genio invadieron en el primero la Rusia: los soldados que las componian en su mayor parte, habian sido vencidos por él en Arcole, Marengo, Austerlitz y Jena. En dife-

rentes idiomas se escribia la orden del dia, que tenia por objeto obedecer la voluntad de un solo hombre: ese hombre era *Napoleon*. Los soberanos de esos soldados casi le hicieron en Dresde, el servicio de edecanes. A su voz todo era vida y animacion: su presencia electrificaba aquellas masas, que marchaban con

orgullo bajo sus banderas. Inicióse la campaña mas sorprendente del mundo en el paso del Niémen. Las sangrientas victorias de Witepsk, Smolensk y la Moskowa le abrieron las puertas de la *ciudad Santa*; pero Moscú incendiada, daba un funébre reflejo á las águilas vencedoras de Napoleon. Despues de algunos dias en que inutilmente esperó éste la paz de parte del Czar, y viendo que no podria subsistir con un numeroso ejército en un pais incendiado y arrasado y que se hallaba á 800 leguas de su capital, dispuso la retirada. La explosion del Krémlin la anunció á los moscovitas y esa explosion los volvió en sí. Napoleon y sus tenientes se retiraron; mas su retirada fué la de un leon. Los rusos astutos y con un patriotismo llamado por algunos bárbaro; pero acaso el mas calculado, se habian retirado sacrificando cuanto podian sacrificar para que un enemigo no hallase en un desesperado triunfo, ningun auxilio que pudiera alentarle para permanecer en el suelo de la patria: ahora que retrocede, de todas partes salen á cortarle la retirada, retirada que podria valerles mas celebridad que la que sus antepasados habian adquirido en Plutawa. Los cosacos del Don, Nieper y Volga salian á reunirse á los diversos ejércitos que seguian las huellas del emperador de los franceses. Esos hombres rudos, esos tártaros no se detendrán hasta llegar á París! La naturaleza misma en Rusia pareció afectada de patriotismo, pues poniéndose el termometro á 18.° bajo cero, el invierno fué el mas fiel aliado que tuvieron los rusos. Se estremece el alma al considerar lo que los franceses tuvieron que sufrir, y se llena de admiracion á la idea, de que en medio de privaciones de todo género, y luchando con los elementos, en donde quiera que hacian frente á un enemigo tenaz y vengativo, numeroso y salvaje, obligaban á la victoria á permanecer en sus banderas. Eugenio Beauharnais en Malojareslawetz y Ney cubriendo la retirada se inmortalizaron de nuevo, y Napoleon y su ejército al pasar el Berezina, con sorpresa y deshonra de los generales rusos Tchitchagof, Wittgenstein y Kutusof.

Napoleon llegó á Molodeczno para dirigirse á Wilna y tomó sus disposiciones despues de haber dictado su tremendo vigésimo noveno boletín de partir para Francia, dejando el mando á su cuñado Murat rey de Nápoles, que no supo corresponder á sus esperanzas y el ejército se desconcertó, en lo que influyó tambien el excesivo frio por haber bajado de nuevo el termometro hasta 27 grados bajo cero y

las escandalosas deserciones del príncipe de Schwartzemberg y del general York. Atanto desastre el príncipe Eugenio supo hacer frente con un esfuerzo y heroicidad que le aumentaron la bien adquirida fama que disfrutaba en todo el ejército.

El 18 de diciembre, Napoleon llegó en la noche de incógnito á París, creyéndosele todavía en Wilna, en términos de que se le rehusaba abrir las puertas de su palacio de las Tullerías. Cuando se supo que estaba en él recibiendo las felicitaciones y protestas de adhesion de todos los cuerpos del imperio y que se habia salvado de los hielos de Rusia, quedó absorbida la Europa.

Llegó el año de 1813 y en el tuvo Napoleon que prepararse á nuevos combates contra toda la Europa coligada é instigada por el oro de la Inglaterra ó mas bien por el espíritu dominante y constantemente impulsado hasta cerca de la tumba por Pitt, el ministro mas desinteresado de su pais, y el enemigo mas infatigable de la Francia en cuantas épocas la historia pueda señalar la rivalidad de esos dos pueblos. Mayor influencia tuvieron para excitar en Alemania el odio ciego al estrangero las voces sonoras y consoladoras de *libertad y patria*, que los monarcas modulaban para entusiasmarse á los pueblos y llamarlos al combate, aunque despues nada les cumplieron de sus ofrecimientos. La juventud ocurrió frenética á ese llamado, y hasta los estudiantes de las universidades se colocaron en masa en los regimientos. Las asociaciones de *Tugend-Bund* desarroyaron todo su poder y prestigio, organizando y fomentando los enemigos de Napoleon.

Este creó en el momento un nuevo ejército de conscriptos que con los restos del que tan habilmente habia podido conservar Eugenio, se puso frente afrente de sus enemigos. El número de estos se aumentaba de dia en dia y el jacobino sargento Bernadotte que por la proteccion de Napoleon llegó á ocupar el trono en que se habia sentado Gustavo Adolfo y que obtiene hasta el dia, tomó parte contra su bienhechor y sus antiguos compañeros de armas. Semejante defecion era preludio de otras no menos vergonzosas. Por otra parte la diplomacia europea se adornaba con el ropage de la hipocresia y de la perfidia mas degradante.

Abrióse la campaña bajo auspicios favorables para las armas francesas; pero en los encuentros sucesivos que tuvo Napoleon perdió á sus antiguos y leales mariscales Bessieres y Duroc, dejándole un hueco en su corazon.

Solicitóse por los aliados un armisticio funesto á Napoleon; pero aun mas lo fué la mediacion del Austria, porque esta queria ganar tiempo para hallar mejor oportunidad y aprovechándose de ella colocarse con toda seguridad en contra de Napoleon: asi fué y el emperador Francisco se adhirió á la coalicion faltando á los deberes de familia y gratitud hácia el esposo de su hija.

La espléndida victoria de Dresde que valió un trofeo glorioso para el emperador Napoleon y sus valientes, sirvió de grande escarmiento para los aliados; pero para nadie fué mas severo como para el desgraciado vencedor de Hohenlinden. Moreau, el republicano Moreau abandonó su retirada mansion de los Estados Unidos de América para ir á ponerse bajo el sueldo de los monarcas á quienes habia combatido, y ahora se convertia en soldado de ellos para satisfacer innobles venganzas propias y ajenas. El ejército se horrorizó al ver en las filas enemigas dos desertores de las suyas, Moreau fué desgraciado, como feliz Bernadotte: una bala de una pieza de la guardia imperial apuntada por el mismo Napoleon llevó las dos piernas á aquel: este hecho fué singularmente notado por ambos ejércitos y como un castigo de haber desenvainado la espada contra sus compatriotas.

Despues de varias acciones terribles llegó el momento en que se presentasen en los campos de Leisipck los ejércitos todos de las cuatro naciones mas poderosas del continente, con sus soberanos á la cabeza, para decidir entre torrentes de sangre á quien deberia corresponder la supremacia del mando y la opinion (1.) Quinientos mil combatientes y tres mil piezas de artilleria reunidos en este campo de batalla harán estremecer á la humanidad aun en lo mas remoto de las futuras generaciones. El odio del nombre frances de los pueblos del Norte y del Este, atraidos por las alhagüeñas promesas de libertad, los ha hecho concurrir á este espantoso drama (2).

Presentose Napoleon á tan horrendo duelo lleno de confianza, por que su ejército, aunque nuevo, estaba inspirado por la gloria y por la inmortalidad. Sin embargo, Napoleon no pudo menos que exclamar: "Este dia, dijo al montar á caballo, va á resolver una gran cuestion. Si vencemos todo puede repararse; si somos vencidos, es imposible preveer hasta donde se es-

tiendan las consecuencias." La accion comenzó por tres cañonazos, y cuando una parte del ejército francés emprendia un movimiento importante y decisivo para una de sus alas, los sajones y wurtembergueses desertaron de las filas del ejército, pasándose á Bernadotte y en este acto volvieron su artilleria contra los que un momento antes eran sus compañeros. Solo permanecieron fieles Poniatowski y sus bravos polacos, amigos fieles y decididos de los franceses; con todo y esto ni de ellos ni de Napoleon jamas recibieron recompensa: semejante indolencia debió helar su alma. Al saber Napoleon aquel horrendo suceso quedó inmóvil sobre su caballo, levantó sus ojos al cielo, y exclamó con voz terrible. „Infamia," Miles de voces siguieron la suya (1).

La desercion de los sajones desconcertó todos los planes de Napoleon: la accion iba presentándose cual debia ser, desventajosa para él. Las municiones de los franceses se habian agotado primero que su sangre: en esta batalla cada hora ó instante comprendia un revés; en fin, Napoleon se retiró por la primera vez del campo de batalla sin haber vencido. Antes de retirarse hizo llamar á Poniatowski para que cubriese la retirada, sosteniéndose en la ciudad de Leisipck.—Príncipe, le dijo, defenderéis el arrabal del Sur.—Señor, tengo muy poca tropa.—Y bien, lo defenderéis con la que os quede.—Señor, lo harémos; pues estamos dispuestos á hacernos matar por vuestra M." El valiente polaco, con los débiles restos de sus bravos soldados fué á su puesto. Por la precipitacion en hacer saltar el gran puente sobre el Elster, quedaron cortadas varias divisiones del ejército francés, y entre ellas la del príncipe Poniatowski, quien herido de un brazo intentó pasar á nado el Elster, y en él halló una muerte sin gloria. Asi pereció el ídolo y la bandera de los valerosos y desgraciados polacos (2). Napoleon en el campo de batalla le habia hecho momentos antes mariscal del imperio: agobiado de dolor por la pérdida de tan generoso y leal compañero, dispuso sus funerales con toda pompa y celebridad. Los vencedores y vencidos lloraron sobre la tumba del último de los polacos (3).

El ejército francés cubierto de luto y aun de gloria, porque bien podia sucumbir no sin ella, se retiraba por Efurth para Francia sosteniendo diferentes acciones. El rey de Nápo-

[1] Norvins historia de Napoleon del año de 1813 tomo 4.°

[2] Norvins.

[1] Memorias del Duque de Vicencio, tomo 1.°

[2] Caulaincourt.

[3] A. Hugo.

les Murat, se separó segunda vez del ejército. Napoleón vió su partida no sin emoción: después siguió á París en retirada disponiendo los medios de defensa de todas las fortificaciones y plazas de la frontera y de lo que le quedaba del territorio aliado. Concluyó el año de 1813 con desastres y defecciones: ambos pasarán al centro de la nación.

El año de 1814 se inició muy aciago: Murat, general, mariscal y rey por Napoleón, cuya estimación se había extendido hasta darle una hermana por esposa, aumentaba el catálogo de las defecciones contra su bienhechor y amigo, ligándose en enero con la Inglaterra y el Austria. El rey de Nápoles, que no debía su corona más que á la espada victoriosa de Napoleón, le abandonaba y pasaba á las filas de la coalición.

El caballeroso Eugenio de Beauharnais, formaba contraste con Murat: aquel, sosteniendo hasta lo último en Italia, la gloria de las armas francesas; y este, quitándoles su brillo. El príncipe Eugenio tuvo que probar de nuevo su fidelidad y sus talentos como político y como general.

En seguida se presentó en Francia una invasión de 700.000 hombres que todo lo abandonaban en su patria por llegar á París! Alejandro Dumas dice: „que Napoleón quedaba solo contra el mundo entero,” y esa es una frase que la historia la admite por verdadera. A ese formidable guarismo de hombres no tenía que oponer más que 150.000; pero apeló al genio de su juventud. Napoleón tuvo que recordar á Bonaparte! Los triunfos más ilustres no pudieron contrarrestar á las traiciones y perfidias de los ingratos é hipócritas del arrabal de San German (1), que todo lo comunicaban á los aliados y sembraban la desconfianza.

Todo lo espían y revelaban al extranjero. Napoleón extendió sus ejércitos que caminaban á donde quiera que las circunstancias lo exigían. La fortuna se manifestaba con suma versatilidad; pero seguro era que en donde no estuviera presente Napoleón, allí á veces sus tenientes eran vencidos, ó la victoria quedaba indecisa.

Cuando esta invasión general, cuando la desgracia llegaba para Napoleón, y cuando los peligros se presentaban para su patria, salió de un lugar oscuro un hombre ilustre, un sincero republicano á ofrecerle al emperador sus servicios. Este era Carnot, el único que se

[1] Emigrados á quienes Napoleón les había vuelto sus honores y había empleado.

opuso á la erección del imperio y á que se derrocara la república. Napoleón aceptó sus servicios y lo empleó en Ambrés. Carnot, después de haber organizado la victoria y dirigido gloriosamente catorce ejércitos de la Francia republicana, había estado sepultado en el olvido durante el consulado y el imperio. Ahora que hay peligros vuelve á los combates, y no es más que jefe de batallón, y esto es, que habiendo sido miembro de la comisión de salud pública, había nombrado tantos generales y distribuido tantos empleos!... Ejemplo sin igual de desinterés, ¡verdadero republicanismo! Carnot correspondió á las esperanzas de la patria y de Napoleón. El actual rey de Suecia, siendo príncipe real, intentó ganarlo cuando defendía Ambrés, en consideración á la antigua amistad que tenían, y le respondió con entereza:—„Yo era el amigo del general francés Bernadotte, pero ahora soy el enemigo del príncipe extranjero que vuelve su espada contra mi patria.”

Los soldados de Napoleón estaban decididos por su persona y por defender la patria: tenían razón para lo uno y para lo otro: vieronlo en Montreuil volver al ejercicio de sus primeros años, colocándose en una pieza de artillería y tomar la puntería; y recordaban el heroico esfuerzo para rechazar las primeras coaliciones contra la república, llevando la mochila al hombro sus mariscales y generales de hoy;... pero lo que más los electrizaba, era el denuedo y bizarría con que su emperador atacó á los rusos con espada en mano y en medio de mil peligros en Arcis-sur-Aube. En lo más comprometido del combate, una división de caballería rusa de 6.000 hombres, precedida de mil cosacos, traspasó las líneas del ejército francés y envolvió á la caballería de estos, inferior á la de aquellos en número. Napoleón se apercibió de esto por una gruesa nube de polvo que se levantaba tras él y que poco le permitía distinguir. Se dirigió al momento á este punto: algunos dragones llegaban en fuerza de carrera heridos ó llenos de pavor.—¿Qué es esto! les dice, dragones, á dónde vais? Deteneos, deteneos, yo lo mando.—Los cosacos, los cosacos le responden.

El tumulto del desconcierto precursor de la derrota se manifestaba. Un oficial sin casco y cubierto de sangre llega donde está Napoleón, y le dice.—Señor, los cosacos han forzado nuestras líneas, las han envuelto y están apoyados por una fuerte división de caballería.—Dragones, formad, grita Napoleón con voz amenazadora y parándose sobre sus estribos,

qué haceis? hús; pues yo iré allá... cerrad vuestras filas dragones, y marchemos adelante: y avanzándose intrépidamente con espada en mano hacia el enemigo, fué seguido de su estado mayor, de los escuadrones de servicio y de los dragones que poco antes estaban llenos de terror y desmoralizados, y que al grito de: „¡viva el emperador! hicieron prodigios. Se dice que Napoleón en esta vez buscaba la muerte y que quería hacerse matar; pero la muerte le rechazaba.

Pasados algunos días, los aliados, y entre ellos el emperador de Rusia Alejandro, tuvieron su consejo para determinar respecto de la guerra y lo que se proponían: después de algunas conferencias, Alejandro esclama: „A París, señores, la celeridad sobre todo.” Las órdenes para ello se espiden: los aliados están en marcha para la gran capital. Napoleón supo estas disposiciones, y dijo:—„yo estaré antes que ellos.” Se entró en su gabinete, tomó sus cartas y dictó después sus órdenes de marcha. El ardor y decisión de sus soldados se aumentaban con el peligro.

El 30 de marzo, en Troyes, Napoleón dictó el itinerario para que el ejército estuviese reunido el 2 de abril delante de París. Esta ciudad capituló, haciéndose infructuosa la noble y brillante decisión de la guardia nacional, y especialmente el heroico sacrificio de los alumnos de la escuela politécnica que el 30 de marzo vertieron su sangre defendiendo la capital y el honor de su nación. La muerte segó muy temprano esta juventud tan llena de saber como de esperanzas!

El 31 de marzo dejó un recuerdo de ignominia para los parisienses: en este día entraron los aliados en medio de los gritos de la multitud de ¡vivan los aliados! ¡viva Alejandro! y las damas francesas les arrojaban coronas y guirnaldas proclamándolos con la población *libertadores de la patria* (1). A estas exclamaciones se unía la de ¡vivan los borbones! con la que el impudente y astuto Talleyrand apoyaba sus complots.

Napoleón se dirigió con violencia hacia sus tropas avanzadas: eran las diez de la noche del mismo día, cuando el general Belliard lo encontró en Fromenteau y le confirmó con todos los pormenores la batalla y capitulación de París. Grandes (2) gotas de sudor inundaban la frente de Napoleón: la palidez livida de su semblante era espantosa. Es-

[1] Lallement; Choix de rapports tom 20.

[2] Memorias del duque de Vicencio.

cuchais, Caulaincourt?” dijo volviéndose hacia este, en cuyos ojos se fijaron los de él. Algunas tropas de las que evacuaban la capital estaban en el pueblecillo de Fromenteau. El duque de Vicencio marchó para la capital con instrucciones y plenos poderes. Napoleón no estaba separado de las avanzadas enemigas más que por el Sena: el fuego de sus vivaques iluminaba la rivera derecha, mientras que el emperador de los franceses esperaba en el lado opuesto y en la oscuridad con dos carruages de posta y algunos servidores. Regresó Caulaincourt, y después de que fué instruido del modo con que había sido entregado y vendido, dijo:—„Yo no les pedía más que se hubiesen sostenido veinte y cuatro horas... miserables!... Marmont, Marmont, que había jurado hacerse matar ante los muros de París, antes que rendirse... y José, han huido... mi hermano. Entregar mi capital al enemigo! miserables!... ellos tenían mis órdenes: sabían que yo estaría allí el 2 de abril con 70.000 hombres. Mis valientes escuelas, mi guardia nacional me habían prometido defender á mi hijo... todos los hombres de corazón se habrían levantado para combatir á mi lado: esos miserables han capitulado, han traicionado á su hermano, á su país, á su soberano: han humillado á la Francia ante los ojos de la Europa!... El dolor despedazaba el alma del emperador. Caulaincourt deramaba lágrimas ardientes.

—Mi pobre Caulaincourt, volved, volved al cuartel general: haced de modo que veais al emperador Alejandro... Teneis mis plenos poderes. Id, Caulaincourt... partid.

—Señor, le dijo el duque, yo no he podido aproximarme al emperador Alejandro: se desconfía de mí. Los soberanos entran mañana en París, están ocupados en sus preparativos: veed los motivos que se me dicen para evitarme el llegar á Alejandro.

—Volved, no tengo más esperanza que en vos, Caulaincourt, replicó tendiéndole la mano.

—Partiré, señor, le dijo el duque: muerto ó vivo penetraré á París, y hablaré á Alejandro.

El emperador tomó el camino de Fontainebleau, y el duque de Vicencio el de París: en el camino encontró las ruinas de los regimientos de todos los ejércitos que marchaban sin orden, y fué rodeando todos de esos fugitivos.—„En donde está el emperador, le decían, queremos reunirnosle, no tenemos órdenes, ¿dónde pues ir? El emperador no sabe lo que pasa en París. Nos hemos batido bien: estamos todavía dispuestos á hacerlo, y sin embargo, se nos ha obligado á ceder el terreno al enemigo! En

todos los semblantes estaba pintado un dolor feroz: amenazas terribles poblaban el aire, y las protestas solemnes de que no habian sido rendidos; sino entregados al extranjero. Un coracero de la vieja guardia levantando noblemente la cabeza, dijo al duque con grande indignacion:—, „En todas partes y siempre los hemos vencido, y habriamos ganado la batalla. Nosotros no hemos dejado el campo, no hemos capitulado. Cuando hay traicion, no hay capitulacion. Que se nos vuelva á Paris, y los extranjeros no entrarán sino pasando sobre el cadáver del último soldado frances. ¿En dónde está nuestro emperador? Si ha muerto, todo ha terminado: que se nos diga, " y concluyó con acento de desesperacion, é inundadas sus pálidas mejillas de lágrimas. El duque procuró calmarlos y decirles que se dirigieran á Fontainebleau en donde se hallaba Napoleon. A este nombre esos pobres soldados se llenaron de entusiasmo y prorumpieron en vivas delirantes, manifestando la misma fidelidad y ternura hácia su soberano, como cuando estaba en el apogeo de su gloria, para ir á participar de los riesgos á su lado: así es que se les vió marchar llenos de hambre, estenuados y heridos, casi arrastrándose, buscar á su emperador, á su general, miéntras que aquellos que mas habia distinguido Napoleon con empleos y honores, lo vendian y consumaban la ruina de la Francia, poniéndola bajo el poder de la justamente detestada dinastía de los Borbones, cuyo reinado iba á ser un anacronismo.

El duque se halló al amanecer en los vivas enemigos, en los que todo era triunfo y felicidad. Las tropas rusas estaban de uniforme de gala, preparándose alegres para su entrada triunfal: Los oficiales á la cabeza de sus regimientos estaban fuera de sí y llenos de un júbilo bárbaro é insultante: en sus fisonomías veíase que llegaba el delirio hasta desafiar á la tierra y al cielo: aclamaciones y hurras se escuchaban al tomar posicion para desfilar. Los franceses amigos de su patria y de Napoleon, se encendian de rubor y de ira al ver el aspecto insultante de la alegría y de las fanfarrias que estallaban por todas partes de los hombres del Norte, de esos rudos cosacos, cuyas maneras bruscas y salvajes contrastaban con las de la poblacion mas civilizada y cortez del globo.

Talleyrand, hombre que habia recibido de Napoleon consideraciones y oro, y honores y el principado de Benevento, todo lo olvidó y se hizo el principe de la traicion, y llenándose de

eterno oprobio organizaba el partido de los Borbones: él fué el gefe de la deslealtad, y el que á su voz, ese enjambre de cortesanos se preparó para recibir y alojar á los soberanos aliados. A imitacion de aquellos, los parisien-ses obsequiaron á los enemigos de su patria y de sus libertades. Cara pagaron su vergonzosa y humillante oficiosidad. Cuánto no tuvieron que sufrir de sus huéspedes, esos hombres que no supieron conservar la entereza y dignidad! El pudor manda callar las escenas que viles y cobardes presenciaron.....

El duque de Vicencio no pudo llegar hasta donde se hallaba Alejandro, porque se le habia impedido pasar á Paris por las tropas extranjeras: estaba estupefacto con lo que veia: esas escenas llenas de infortunio le destrozaban el alma. Hallábase en dolorosas meditaciones, cuando el redoble de los tambores le hizo advertir que algun personaje llegaba, y el que luego descendió de un coche, era el principe Constantino, hermano del emperador de Rusia: reconoció al duque, á quien vió con aire de profunda admiracion, y escusándose por no haberlo reconocido á tiempo le dijo:—, „En qué puedo seros útil, señor duque? (1)

—Principe, la entrada á Paris se me rehusa, y es necesario que yo entre á Paris.... es necesario.

—Calmaos, Sr. duque, y no veais en mi un enemigo. Los recuerdos de San Petersburgo se os han borrado enteramente?

—Principe, dijo Caulaincourt, vencido por el tono afectuoso de Constantino, dignaos escusarme, soy tan desgraciado que dudo de todo.

—No dudeis de mi, mi caro duque, sabeis que en mi familia no teneis mas que amigos.

—Y bien, mi principe, en nombre de esta preciosa amistad con que me honrais, os pido una gracia, introducidme á Paris.

—¿Y qué vais á hacer allí?

—A defender la causa de mi señor, la causa de mi pais.

—Mi caro duque, todo ha terminado para Napoleon.... las potencias no escucharán ninguna proposicion de su parte.

—Mi principe, el emperador mi señor me ha encargado de una mision secreta cerca del emperador Alejandro: yo debo desempeñar este

(1) El duque de Vicencio desde que estuvo en Rusia de embajador tenia bastante familiaridad con Alejandro y el principe Constantino. Estos pormenores y algunos de los que siguen, están sacados de una obra que se titula „souvenirs du duc de Vicence.

deber sagrado, y con peligro de mi vida entraría á Paris.

Constantino le manifestó lo dificultoso de que pudiese pasar á Paris: Caulaincourt se empeñaba en conseguirlo con espresiones á veces tier-nas, á veces llenas de desesperacion, hasta estar dispuesto á recibir si fuere posible las balas de los soldados rusos. El principe no pudo ménos que reprenderse en su interior, por abandonar á un hombre tan leal como el duque, y convinieron ambos en que lo fuese á esperar en el primer pueblo del tránsito. Cada instante que pasaba destrozaba al duque, á cuya imaginacion se presentaban mil ideas funestas y desoladoras.... Llegó el principe y ambos se dirigieron en su coche á Paris. En el camino se ocuparon en el modo con que seria introducido el duque, pues temia el principe que la menor sospecha de los demas aliados fuese funesta á su hermano el emperador. En fin, despues de varios medios que fueron escogidos y desechados, decidieron que Caulaincourt quedaria en un coche, interin que el principe pasaria á prevenir á Alejandro: hizo mas el generoso Constantino, para disfrazarlo, le dió á Caulaincourt un gorro de viaje y su pelliza: bajó del coche, cerró el mismo la puerta y recomendó á sus criados que nadie se acercase á él. En este momento dieron las diez de la noche. Reinaba al rededor del palacio de l'Elisée un aspecto de funcion y alegría que desolaba al duque. Estaba el hotel iluminado, y era la mansion de un conquistador: sucedíanse los carruajes que entraban y salian. Las pisadas en las lozas, de los caballos herrados, las voces estrepitosas de los cocheros, y los hurras de la guardia imperial rusa que circundaba al hotel, hacian sufrir mucho á Caulaincourt, que estaba oculto, ó como un mendigo, para pedir como de limosna una conferencia. A la una de la mañana volvió Constantino, diciendo al duque que la numerosa concurrencia no le habia permitido hablarle á su hermano: que lo hizo hasta que todos se habian retirado, y que Alejandro estaba violento por su llegada; pero que sin embargo, lo recibiria como un amigo. Constantino agregó á Caulaincourt que se cubriese con su capa y se pusiera un sombrero militar, y tomándolo en seguida del brazo, pasaron por una escalera secreta hasta la alcoba de Alejandro, que recibió al duque con los brazos abiertos.

—Mi caro duque, le dijo el emperador, sois el hombre que mas amo de la Francia, ¿qué queréis? ¿En qué puedo seros útil?

—Para mí, señor, nada: para el emperador mi señor, todo.

—Veed lo que justamente yo temia... por que me es necesario, sin querer, afligiros. Nada puedo yo hacer por el emperador Napoleon: tengo compromisos con los soberanos aliados.

El duque insistió con heroico esfuerzo, que le haría eterno honor á su memoria, para que Alejandro fuese generoso con Napoleon, ó al menos con su hijo, invocando para ello con la mayor vehemencia, todos los recuerdos de un dia, y las conveniencias de la Europa y de la Francia. Alejandro contestó con aire frenético y lleno de vivas imágenes cuanto habia sufrido la Europa por Napoleon, y las consecuencias de sus sistemas, y especialmente con respecto á la guerra del año de 12, protestando que no le tenia odio, y que no dependia su suerte de él. Caulaincourt insistia de nuevo, y propuso un medio á favor de Napoleon II, y lo hizo con tan tierna espresion, con tan ardiente fidelidad, que le dió Alejandro algunas esperanzas, y despues de haber hablado de otras cosas se retiró á las cuatro de la mañana el duque, á cuya imaginacion se agolpaban mil ideas sobre los sucesos actuales. Una grande agitacion lo devoraba, meditando en Napoleon. Hasta las seis de la tarde no llegó Alejandro de la conferencia, asegurando á Caulaincourt, que se trataba de la eleccion del soberano, y que se regresase á donde se hallaba Napoleon, volviendo pronto con la abdicacion de este á favor de su hijo. Entrada la noche, salió el duque con las mismas precauciones, acompañado de Constantino, de quien á poco se despidió, tomando el camino para Fontainebleau.

Llegó á las avenidas de este punto, y encontró á las tropas acantonadas llenas de impaciencia por combatir, y tan luego como fué reconocido, se oyeron los gritos de: „viva el emperador.... A Paris." Al descender se encontró con Berthier que le dijo con cierto interés particular:—, „Amigo, cómo estamos nosotros?" cuya pregunta desagradó al duque, y desentendiéndose de ella, solo le dijo que deseaba saber en donde se hallaba Napoleon, quien se encontraba en la gran galería de Francisco I, escribiendo, y cuando lo vió, vino hácia él con tanta apresuracion, que parecia no se habian visto en bastante tiempo. Su aspecto era sombrío, sus ojos animados y su boca misma estaba ligeramente decaída: todo indicaba en su fisonomía que el sufrimiento lo agoviaba.

—En fin, dijo, qué es lo que pasa? Habis visto al emperador Alejandro? Qué os ha dicho?